

12. Dios, salvación de mi rostro

Hemos visto que el salmo 41 repite dos veces un estribillo que también aparece en el salmo 42, el cual originalmente formaba un todo con el 41:

«¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué gimes dentro de mí? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: "Salud de mi rostro, Dios mío".». (Sal 41,6.12; 42,5)

Uno siente toda la inconsistencia de su alma, una tristeza que agita el corazón, una inquietud que no sabe de dónde viene ni adónde va, una fragilidad que lo hace sentir ansioso e inconsistente, agitado, temeroso, sin libertad. Pero surge al menos un rayo de luz y, sobre todo, un encuentro que disipa las nubes y hace que se tenga esperanza en Dios, como en el sol que sale tras las nubes. Y entonces el corazón se abre a la renovada posibilidad de alabar a Dios, de darle las gracias, de cantar su salvación en lugar de permanecer oprimido por la lamentación sobre uno mismo y sobre la propia situación. Entonces comprendemos, o al menos intuimos, que permanecer en la pertenencia al Señor, precisamente en su abrazo que nos constituye, que permanecer en el «mi Dios», salva nuestro rostro, salva y constituye nuestra persona. Mejor aún: reconocemos que la salvación de nuestro rostro, de lo que somos en nosotros mismos y en relación con todos y con todo, está ligada a la pertenencia al Señor, a ser Suyos, a estar abrazados por Él.

Y esta es una esperanza rebotante de gratitud: «¡Espera en Dios, que volverás a alabarlo!». Esperar en Dios significa reconocer que pertenecerle salva a nuestra persona, el rostro de nuestra persona, es decir, aquello que nos identifica y que nos pone en relación con los demás. Pertenecer a Dios nos salva en nuestro «yo», creado para ser único y, sin embargo, en relación con los demás. El rostro nos identifica, es único, pero nos identifica en la medida en que nos permite mirar, hablar, esbozar una sonrisa o mostrar tristeza con los labios, expresar en nuestra frente calma, indignación, severidad o asombro. Mi rostro no es solo la apariencia de mi yo, sino su manifestación, su transparencia. Un rostro no es bello por cómo se deja mirar, sino por cómo mira. El rostro no es un objeto, sino la manifestación de una personalidad, de un yo querido y amado para amar.

Es precisamente esto lo que Dios quiere salvar en nosotros. Es en esta salvación en la que podemos poner nuestra esperanza, es esta salvación la que nos abre a la alabanza de Dios: «volverás a alabarlo».

Este verdadero rostro puede manifestarse incluso cuando la enfermedad —o, como en Crans Montana, el fuego— destruye el rostro físico de una persona. El rostro más bello que he visto en toda mi vida es el de un niño, Matteo, totalmente deforme, al que conocí hace años. Porque fue un rostro que, sin ojos, sin boca, sin orejas, sin nada, me transmitió una capacidad de encuentro, de alegría por encontrarme, por encontrarse con todos, que nunca he visto en nadie más. Era un rostro en el que afloraba directamente el corazón, y un corazón en el que, evidentemente, habitaba Cristo.

«Espera en Dios, que volverás a alabarlo: "Salud de mi rostro, Dios mío".»

Imaginad si, para resolver todos nuestros problemas —personales, comunitarios, eclesiales, ecuménicos, mundiales—, partimos de aquí, de esta esperanza, de esta verdad de relación con nosotros mismos y con todos, que consiste en permitir que

Dios salve nuestro rostro de toda falsedad y máscara, de toda negatividad en la mirada hacia nosotros mismos, hacia los demás, hacia todo y hacia todos, incluso hacia Dios.

San Benito, en la Regla, insiste en varias ocasiones en la importancia de la mirada que nos dirigimos unos a otros. Por ejemplo, pide a los monjes que pidan humildemente perdón a los mayores que les muestren un rostro irritado, para que la irritación se transforme en bendición (cf. RB 71,7-8). También cuando pide que «no se dé una paz falsa» (RB 4,25), nos enseña a no mostrar un rostro hipócrita ante los hermanos.

En la experiencia humana, el verdadero mal, en el fondo, no comenzó a manifestarse con el pecado original, sino cuando Caín miró con malicia a su hermano Abel.

«El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda; Caín se enfureció y andaba abatido. El Señor dijo a Caín: "¿Por qué te enfureces y andas abatido? ¿No estarías animado si obraras bien?; pero, si no obras bien, el pecado acecha a la puerta y te codicia, aunque tú podrás dominarlo". Caín dijo a su hermano Abel: "Vamos al campo". Y, cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató.» (Génesis 4,4b-8)

La mentira que la serpiente introdujo en el corazón y en la mente de Adán y Eva se convierte, en el caso de Caín, en un principio de falsedad que, partiendo del corazón, contamina todas las relaciones: con uno mismo, con los demás y con Dios. Guiado por esta mentira, Caín pierde el contacto con la verdad de sí mismo y de todo lo demás, y esto genera odio y violencia. ¡Cómo resulta evidente hoy en día, incluso a escala mundial, que el mal capaz de llegar a destruir ciudades y pueblos enteros, y que podría destruir a toda la humanidad, nace y se alimenta siempre de la mentira de rostros abatidos por una falsa concepción de sí mismos y, por tanto, de los demás!

En este episodio, el protagonista es, en el fondo, el rostro de Caín, quien, dominado por la envidia y el odio de su corazón, se vuelve «abatido», como si hubiera caído o fuera arrojado a lo bajo, al suelo. Ya no se eleva en el deseo, en la mirada dirigida a las estrellas, al cielo, a Dios. Está encerrado en sí mismo, en su yo enfadado y frustrado. Se cierra porque no ve más que a sí mismo. Ya no quiere ver al otro; y, de hecho, lo aparta de su camino, lo elimina, no solo cuando lo mata, sino ya cuando se cierra a la relación fraterna con él.

Dios le «echará en cara» el estado de su rostro, como si le pusiera un espejo delante, diciéndole: «¡Mira qué cara tan triste y enfurruñada tienes! ¿Por qué la mantienes abatida, encerrada en ti mismo? Si actúas bien, si te orientas hacia el bien, ¡tú podrás dominar el pecado!»

La altura del rostro humano viene determinada por la mirada, por la dirección de la mirada. Si miro al cielo, mi rostro está erguido, no abatido. Si dirijo la mirada del corazón hacia Dios, mi rostro está erguido, muy erguido, hasta el punto de alcanzar a Dios, de ver a Dios. Pero también cuando miro a mi hermano o hermana con benevolencia, con gratitud, con una sonrisa, con aprobación, con estima, reconociendo su valor, su verdadera belleza, la del corazón, del bien que hace, del dolor que sufre, mi rostro está erguido, no está abatido.